



EL DIARIO SAGARDOY

Beatriz García

EL DIARIO SAGARDOY



Primera edición: marzo de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Beatriz García

ISBN: 978-84-10253-06-3

ISBN digital: 978-84-10253-07-0

Depósito legal: M-7134-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi príncipesco. Por acompañarme en cada una de
nuestras aventuras y por vivir más chuclas juntos.*

Todo el mundo tiene océanos para volar,
si tiene el corazón para hacerlo. ¿Es imprudente?
Tal vez. Pero, ¿qué saben los sueños de límites?

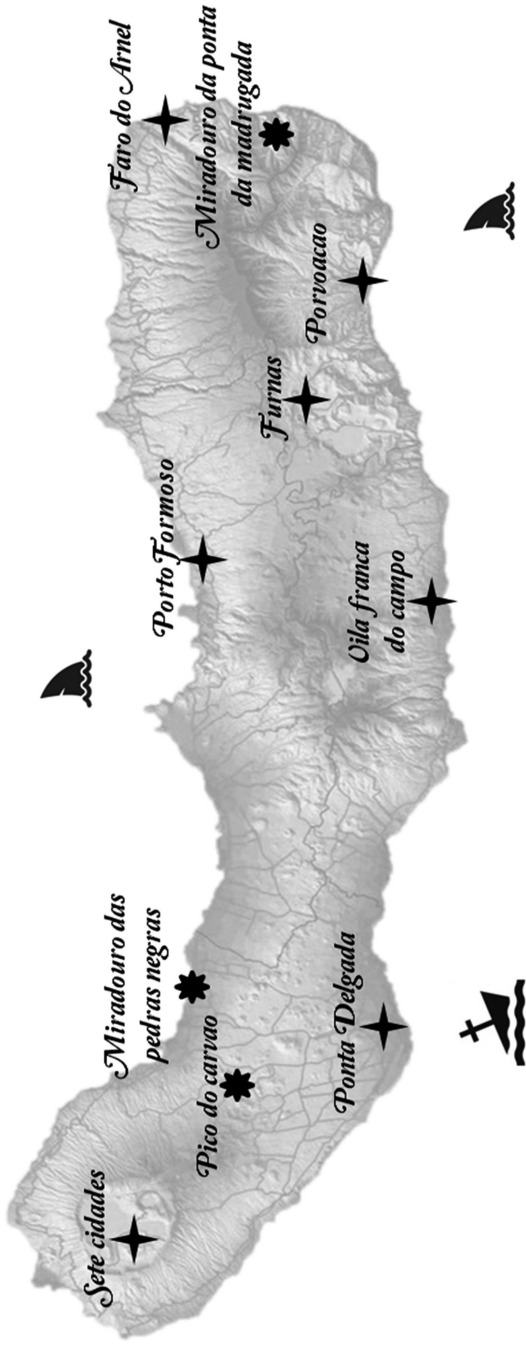
AMELIA EARHART

NOTA DE AUTOR:

Todos los lugares geográficos o de interés turístico/natural y los datos históricos de estos, son verídicos. Por el contrario, todo lo relacionado con los diarios, sus personajes, acciones, trama, historia y relación con instituciones, es ficción, y toda similitud con la realidad, es pura coincidencia.



Sao Miguel



Prólogo

Desde luego, este tipo de trabajos no era de sus favoritos; aunque ya estaba bastante curado de espanto, no dejaba de quedársele un sabor agridulce en la boca cuando había niños de por medio, aunque, por supuesto, no iban a impedir que cumpliera con el trabajo que le habían encargado para esta vez.

Toda la cabaña de madera, ya que esto no podría considerarse un hogar en la mayoría de lugares del mundo, estaba revuelta y patas arriba. Era una única habitación con una cama, una encimera, una estantería y una cuna. La estancia hacía las veces de dormitorio para tres personas, cocina y salón. La madre había puesto todo su empeño en proteger al crío que estaba situado en la pequeña cuna en una de las esquinas, le estuvo tirando desde inútiles y mullidos cojines hasta cazuelas llenas de arroz que tenían preparadas para la inminente comida. Esa mujer raquítica había conseguido hacerle una brecha a la altura de la ceja derecha y un hilillo bastante molesto de sangre empezaba a cegarle el ojo. Aunque ahora yacía en el suelo boca abajo y con un pequeño charco de sangre debajo de ella.

Echó un último vistazo rápido a la cuna a la vez que el pequeño y despeinado niño sacaba de su pecho un llanto incontenible. Las lágrimas le corrían sin piedad por las mejillas aun sin comprender del todo qué es lo que pasaba. Echaba miradas furtivas a su madre pidiéndole consuelo ante tanto alboroto y ruido, sin saber que nunca más llegaría a estar en sus brazos. Tendría que hacer algo con él, tampoco es que fuera un desalmado como para matar a

un bebe, quizás lo dejaría en la puerta de algún comercio local, en algún templo o casa de la zona. El niño dirigió su mirada hacia él buscando unos brazos que lo acunaran. Pero el imponente y rubio hombre no estaba allí para eso.

En el momento en el que cruzó la puerta de la casa para salir al exterior, el caluroso sol le cegó los ojos y de forma instintiva se los tapó con la mano. Una vez acostumbrada la vista, el paisaje apareció ante él. La casa estaba en una de las serpenteantes orillas del río Narmada, en la India. Era una zona muy inhóspita, la única vegetación que había alrededor eran unos cuantos juncos al lado del agua y la siguiente casa habitada estaba a una distancia de unos cinco kilómetros, por lo que pudo averiguar gracias al GPS. Gracias a eso, no se tendría que preocupar de miradas indiscretas o visitas desafortunadas que le distrajeran de lo que tenía entre manos. Desde el lateral derecho, bajaba un pequeño afluente con agua que venía desde el norte y que era la razón principal que le había hecho viajar más de 8.000 kilómetros desde su origen, recorrer medio mundo en más de 24 horas, regatear con personas que no entendían su idioma, transitar caminos en deplorables condiciones y perderse en numerosas ocasiones. Aunque gracias a su entrenamiento y experiencia los pudo solventar sin mayor problema.

Llevaba en la mano una pequeña estatuilla de oro de Shiva de medio palmo de altura, el dios del hinduismo representante de la destrucción y creación universal, que había sacado de debajo de una de las estanterías de la choza, después de revolver entre toda la ropa y utensilios. Estaba representado como un joven sentado cruzando las piernas, meditando con los ojos cerrados que transmitían paz y con diferentes abalorios colgados del cuello, mientras que las manos estaban en posición de Dhyana Mudra, posicionadas en el regazo con las palmas hacia arriba en posición de cuenco, con la derecha ligeramente sobre la izquierda. De esta forma, representaba el «vacío», la paz interior gracias al balance, el equilibrio y la renovación de la energía. Debajo de toda la mugre podía discernirse el dorado que brillaba de forma llamativa. Restregó con el

pulgar hasta que cada vez se veía mejor, aunque quizás fuese mejor dejarlo con esa sucia capa para que no llamara tanto la atención por si acaso. Nunca se sabía y en este trabajo tenía que ser muy precavido.

El sol lo comenzaba a molestar hasta el punto de que el sudor y la sangre de la brecha comenzaron a juntarse y corrían juntos hasta la mejilla. El coche todoterreno que había alquilado para este encargo no estaba lejos, lo había aparcado en el camino que se dirigía hasta la cabaña. Se dirigió hasta él para sacar de la guantera un botiquín con el que poder limpiarse la herida y hacer que dejase de sangrar. También aprovechó y guardó la estatuilla en la bolsa de deporte que tenía en el maletero.

Desde donde estaba, podía ver el cuerpo tirado del hombre que hace apenas una hora le había recibido como si fuera un turista perdido, demostrando la amabilidad por la que eran famosos en esta zona y que, cuanto menos se tenía, la gente más daba. Pobre diablo.

—Debiste aceptar el dinero —dijo las palabras con resignación.

Casi sentía hasta pena. La familia había tenido numerosas oportunidades de aceptar una cuantiosa cantidad de dinero que habría hecho que pudiesen salir de aquel espantoso lugar que llamaban hogar. Y toda la culpa la tenía el pequeño afluente del río. Sabían que, desde riachuelo arriba, habían ido bajando pequeños objetos de gran valor económico como si fueran piedras arrastradas por la corriente. Meses atrás, unas riadas habían provocado que más sedimentos de lo normal bajaran, arrastrando parte de la orilla donde kilómetros arriba estaba situado un pequeño templo hindú dedicado a Shiva y que gracias a las investigaciones se le databa de un grandísimo valor arquitectónico y arqueológico. Lo que no se sabía es que dicho templo venía con sorpresa en forma de reliquias de oro y materiales preciosos.

Normalmente, el Departamento conseguía ponerse en contacto con aquellas personas afectadas o que pudieran interferir en la investigación, ya fuese porque su casa estaba encima del yaci-

miento o simplemente para acallar posibles rumores. Ofrecían el dinero a los implicados, en este caso los desafortunados que yacían tirados en el suelo. Si aceptaban, compraban su silencio, se llevaban los objetos y ellos salían ganando para que pudiesen vivir en condiciones. Pero de vez en cuando las cosas se torcían... y el trabajo había que realizarlo igualmente. Así que había que recurrir a métodos no tan éticos, el Departamento no ofrecía segundas opciones. Como había ocurrido en esta situación. Simplemente la familia no quería que hurgásemos en su tierra, ya que era de sus antepasados y ellos la habían heredado. Mala suerte, amigo, porque lo que la riada había arrastrado se había depositado en la orilla al lado de su casa, creando este desafortunado desenlace.

La estatuilla le miraba desde la bolsa de deporte donde la había dejado y a su lado yacía la pistola con la que había realizado su «limpieza». Tenía que poner orden a todo aquello antes de irse y que se le hiciera de noche para volver. Esta vez el río sería su cómplice y la tumba de aquellos campesinos. De repente vibró el teléfono móvil que tenía en el bolsillo y lo cogió sabiendo quién estaba al otro lado de la línea telefónica.

—¿Has cumplido? —sonó una áspera voz detrás de la línea.

—Yo siempre cumplo, aunque no han aceptado —contestó. Siempre se ponía en tela de juicio su trabajo, aunque nunca hubiese fallado.

—Eso no es problema, dentro de una semana irá allí el equipo oficial a comenzar las excavaciones. Pero antes tienes que coger un vuelo. Vuelves a Madrid, hay otro trabajo más importante.

—Recibido —instantáneamente sonó el pitido que confirmaba que la llamada había terminado y volvió a guardarse el teléfono en el pantalón.

Cuando ya se había encargado de los padres y se dispuso a arrancar el vehículo, desde la lejanía le llegó el sonido de un llanto.

—Joder, el niño —susurró para sus adentros y maldiciendo el haberse olvidado de él, lo cual habría sido un despiste imperdonable.

Antes de coger los caminos principales, debía ponerle solución a ese pequeño problema.

1

La fresca lluvia salpicaba mi cara mientras aceleraba con el ciclomotor esquivando los múltiples y peligrosos coches en pleno centro de Madrid. El caos de la capital hacía que aprendieses a conducir a la fuerza y aquí el vehículo estrella, si querías moverte con cierta soltura, eran sin duda las motos. Iba sorteando los obstáculos como experimentada motera de la capital, realizando esos entre el arcén, hasta que de repente un coche sin poner el intermitente se cruzó en mi camino. Debía reconocer que a mí tampoco me faltaba parte de culpa con mis temerarios *esquives*, aunque la maniobra del vehículo casi me hace perder el equilibrio, teniendo que apoyar el pie en la puerta de otro coche para no caerme al suelo. Maniobra que no le hizo del todo gracia a la señora que iba dentro del coche, la cual empezó a gesticular desde el interior. Pero lo que era realmente importante es que casi hecho a perder el preciado paquete que llevaba en la alforja trasera.

—¡Aprende a conducir, imbécil! —grité. Cada día era más peligroso y había más tráfico en la ciudad.

Mientras me reponía del susto, fui conduciendo disminuyendo la velocidad, buscando el portal donde debía de hacer la entrega. La calle estaba llena de coches aparcados en segunda fila, por lo que me tocó dejar el ciclomotor encima de la acera al encontrar el número del piso que buscaba.

—Número 4, aquí es —me bajé rápidamente para no mojarme más, aunque a estas alturas poco importaba ya, parecía que hubiese salido de nadar de una piscina. Saqué el paquete que con tanto

mimo había transportado y leí lo que ponía en el envoltorio de cartón que, por suerte, permanecía intacto y seco: «Las *piZZas* de Alfredo». Sí... mi preciado e increíble paquete a entregar en uno de los barrios más lujosos de Madrid era una *piZZa* barbacoa tamaño familiar y cuatro refrescos de cola.

Corrí hasta el techado del portal y paré a mirarme en el espejo a la vez que me quitaba el casco y descubría la melena rubia mojada y pegada a la cara. Nunca entendería cómo a las modelos de los anuncios se les quedaba el pelo fantástico después de estar con el casco puesto. Los ojos verdes que me devolvieron la mirada en el reflejo del cristal de la puerta se preguntaban amargamente que cómo había acabado repartiendo *piZZas* un viernes por la noche en vez de estar tirada en casa viendo una película, saliendo con los amigos o... cualquier otra cosa.

Un goterón del techo me calló de lleno en la punta de la nariz y me devolvió a la realidad mientras un escalofrío me recorría el cuerpo. Marqué el telefonillo y una aguda y desagradable voz al otro lado del altavoz me respondió.

2

Después de tres repartos más, en los cuales llegué a mojarme aún más si es que eso era posible, yo, Victoria Alcántara, introduje las llaves en la cerradura del piso que compartía con mi tía.

—¡Ya estoy aquí, María! —grité.

Dejé desorganizadamente las llaves en una encimera del pasillo y la mochila en el suelo. El apartamento no era gran cosa, pero estaba bien situado en pleno centro, y la decoración de mi tía hacía las delicias para que se sintiese como un verdadero hogar. Casi cada rincón de la casa estaba adornado con macetas con plantas de grandes hojas verdes y todos los muebles de madera hacían que hubiese un ambiente cálido, aunque, para desagrado mío, también había muchas piezas artísticas de santos y vírgenes observándome desde diferentes puntos de la casa. Y es que mi tía era restauradora de arte sacro para una fundación madrileña, encargada de volver a dar vida a aquellas figuras de madera que estaban demasiado desgastadas o envejecidas por el paso de los años; por lo visto, era toda una eminencia en su ámbito.

Antes de poner todo el piso lleno de agua, dejé también el chaquetón colgado detrás de la puerta principal. Era agradable volver a estar resguardada de la lluvia y sentir el calor del hogar. Aunque fuese verano, llevaban bastantes días cayendo tormentas y enfriando el tiempo que debería ser maravilloso por la época del año en el que estábamos.

—Estoy en la cocina, cielo —dijo una lejana voz desde la cocina, de la cual llegaba un delicioso aroma.

Fui hasta allí y, pillando desprevenida a la mujer, le planté un beso en la mejilla. Aquella menuda mujer con gafas y pelo corto canoso había sido mi salvación desde que mis padres murieron años atrás en unas islas de Portugal haciendo submarinismo para una investigación en biología de mi madre, relacionada con las migraciones de los delfines moteados que pasaban por el archipiélago. Todo apuntaba a que fue un fallo en los niveles de oxígeno de las bombonas, aunque nunca lo sabría a ciencia cierta. Aquel día, mi tía María perdió a su hermana y a su cuñado. Yo perdí a mis padres.

—¡Menuda pinta tiene esto! —dije mientras robaba una cucharada de guiso al cazo que hervía al fuego y que, por supuesto, me abrasó los labios. El caldo me dejó la lengua dormida, pero aun así disfruté de su increíble sabor. Desde luego con mi tía no pasaba hambre.

—Deja eso y prepárate para la cena, estás empapada —dijo mi tía con una sonrisa burlona en los labios, sin duda percatándose de que me había quemado—. Cenamos en diez minutos.

Volví a coger la mochila que había dejado en el pasillo y entré en mi habitación. Di a la luz y vi que el escritorio estaba lleno de papeles y fotografías impresas de obras arquitectónicas tal cual lo había dejado ese mismo mediodía. Porque aunque ejerciera como repartidora de *pizzas* para mí no tan agradable jefe, el señor Alfredo, yo era historiadora del arte, más concretamente especializada en conflictos bélicos. Aunque mis notas fueron impecables y con numerosas recomendaciones, el estado en el que se encontraba el país no me había dejado trabajar más allá que de guía para turistas de la tercera edad enseñando la plaza Mayor y visitas escolares en exposiciones. Desde luego ese no era el ansiado futuro que esperaba encontrar al terminar la carrera. No me avergonzaba de vivir con mi tía a la edad de 29 años, más bien todo lo contrario, entre nosotras nos cuidábamos mutuamente, nos comprendíamos y nos hacíamos compañía. No teníamos a nadie más. Nosotras dos éramos nuestra única familia. Intentábamos aprovechar el máximo

tiempo posible juntas, porque, como habíamos descubierto a las malas en el pasado, no sabíamos cuándo podía llegar a ser el último día con alguien y no queríamos volver a pasar por aquello solas.

De pie junto al escritorio, agarré el viejo diario de mi padre, encuadernado en un desgastado cuero marrón. Lo abrí y pude reconocer la letra de mi padre Alfonso. Dentro, sus páginas amarillentas estaban llenas de garabatos, fechas, datos y alguna que otra fotografía antigua donde se mostraba a un joven de no más de 20 años vestido con uniforme militar, no había dentro ni una sola página libre de anotaciones. Este fue su último trabajo de investigación, con el que estuvo enfrascado sus últimos años de vida y que le arrebató tiempo de estar con él. Sentía a la vez fascinación y repulsión por ese diario. ¿Qué era lo que le llevó a esconderse tras sus páginas de forma tan enfermiza? ¿Qué investigación era tan importante como para dejar a su hija desatendida? Más de una vez lo había leído completo, convirtiéndose en mi compañero de me-silla cada noche, sin llegar a entender por completo qué misterios guardaba. Narraba la embarcación de un tal Sagardoy, un español perteneciente a la División Azul durante la Segunda Guerra Mundial; las fotografías del joven que había en el diario pertenecían a él. Este era el trabajo que le hizo acompañar a mi madre a través del Atlántico hasta sus tumbas submarinas.

Y sacándome del ensimismamiento, sonó el teléfono que tenía sobre el escritorio con la melodía de *It's my life* de Bon Jovi. A estas horas de la noche solo podía tratarse de una persona.

—¿Cómo andas, muchacha? —dijo una voz con marcado acento asiático al otro lado de la línea—. Tengo un trabajillo para ti. No tardes, te estamos esperando.

3

Después de dar una escueta excusa a mi tía para no cenar con ella y decir que me habían llamado unas amigas para quedar, cosa que en la realidad sería altamente improbable porque mi círculo era realmente pequeño, tan pequeño como para no saber con quién ir al cine en el caso de que surgiera el plan, me enfundé de nuevo el casco y me dirigí a la dirección que mínimo un par de meses al mes visitaba.

Era una desértica calle mal iluminada y bastante descuidada en el extrarradio de la ciudad, un polígono industrial donde el principal negocio se encontraba en los talleres de coches y fábricas. Desde un lateral de un callejón, un par de ojos brillantes se iluminaron con los faros de un coche que justo pasaba en ese momento, el gato que había estado escarbando en la basura para encontrar comida se volvió a escabullir en la oscuridad sin dejar rastro.

Ya había dejado de llover, pero el suelo estaba lleno de charcos que transmitían una sensación de frío. Después de aparcar la moto y bajarme de ella, me agarré los brazos para resguardarme ligeramente y subirme el cuello de la chaqueta, aunque la sensación ya se me había metido en el cuerpo. Me dirigí hacia la única puerta de garaje que tenía un foco encendido encima. En el rótulo encima de la puerta había un cartel de color rojo que indicaba que era un almacén de neumáticos de segunda mano, aunque nada más lejos de la realidad.

Llamé al pequeño telefonillo e inmediatamente y sin mediar palabra la puerta se abrió de forma automática. Cruzé el umbral que

daba paso a una enorme y única sala, donde había apilados numerosos neumáticos usados de todos los tamaños, desde pequeños de repuesto hasta grandes que ella se imaginaba que serían de camión o tractor. Estaban distribuidos de tal forma que parecía un pequeño laberinto donde se creaban diferentes pasillos que acababan en lugares sin salida. La altura también era intimidante; algunas torres de ruedas eran tan altas que intentaba evitar a toda costa pasar cerca porque estaba segura de que, si una ligera brisa de aire las rozase, haría que se vinieran abajo como si fuera un castillo de naipes. Aunque por suerte me sabía el camino a la perfección para llegar hasta la otra punta de la sala, donde había otra puerta metálica, la cual atravesé.

Cruzar esa puerta era como cruzar otro mundo que nada de relación tenía con el anterior. Era como adentrarse en el almacén de un museo desorganizado. Estaba repleto de cajas que venían de todos los lugares del mundo, donde estaban estampadas letras donde podía leerse Hong Kong, Sídney, Río de Janeiro o Chicago, entre muchas otras. También había vitrinas y estanterías iluminadas con increíbles objetos. Monedas romanas antiguas, cofres, espadas de la Edad de Bronce, armaduras medievales, jarrones de cerámica de la Antigua Grecia, estatuillas de Buda, listones de madera de barcos hundidos, infinidad de libros antiguos, trabucos del siglo XVIII, joyas y hasta un sarcófago con momia incluida, que no quería ni preguntar de dónde o cómo la había conseguido. Podía ver objetos mirase donde mirase, apilados unos sobre otros, amontonados en esquinas, creando pequeñas montañas de reliquias, donde cualquier trabajador de un museo se volvería loco por la ingente cantidad de obras que allí había. Era un auténtico paraíso para una historiadora como yo, aunque un infierno para un maniático del orden.

Crucé el mar de objetos hasta que llegué al otro lado, donde había un gran escritorio, a ambos lados las dos personas que la estaban esperando y, encima de la mesa, una gran caja.

—¿Y esta niñata es la que nos lo va a decir? —la persona que había dicho esas palabras era un completo desconocido para mí, debía de ser el cliente.

—Esta niñata es la mayor experta que conozco para resolver tus mierdas de dudas y la que va a hacer que ganes mucho dinero, así que, si no estás conforme, coges tu paquete y te largas —dijo mi compañero mientras se inclinaba amenazantemente sobre el hombre. Como siempre, Tao tenía que dar la cara por mí en cada primer encuentro con los clientes. Porque lamentablemente aparentaba menos edad de la que me correspondía y eso, para este trabajo, podía llegar a ser un impedimento de cara al público.

El hombre enmudeció enseguida dando un par de pasos hacia detrás intimidado por las palabras. Tao era una persona enorme, miraras por donde lo miraras, pocas personas podían medirse con él. Debía alcanzar cerca de 1,90 y pesar alrededor de cien kilos, parecía un luchador de sumo profesional, aunque eso contrastaba con la delicadeza de sus manos con las que trataba tan preciados objetos. Procedía de Hutong, en Pekín, uno de los barrios más tradicionales de toda la capital china. El amor por la historia le venía por sus padres, fallecidos ya, los cuales tenían un pequeño comercio de arte local en su ciudad natal, el cual heredó y le abrió horizontes donde quería expandir más su negocio, aunque él había decidido ir por caminos no tan legales. Mi trabajo actual escondido tras aquel mar de neumáticos consistía en conseguir contactos e identificar y datar objetos históricos antiguos que nos traían clientes no muy transparentes. Y aquí es donde entraba yo, era la encargada de conseguir averiguar de dónde venían las piezas que traían, a quién pertenecieron en el pasado, qué habían hecho con ellas y cuánto tiempo tenían. En función a toda esa información que yo aportaba, se le daba un precio de salida para el mercado, ya fueran ventas en el mercado negro o en subastas entre particulares. Tao y yo nunca preguntábamos cómo el cliente había conseguido la pieza, eso solo nos traería más problemas. Solo teníamos que averiguar todo lo posible de ellas a cambio de una jugosa cantidad de dinero.

La gran pregunta era cómo una chica en apariencia normal había conseguido meterse en un negocio tan oscuro. Y fue por ir pregun-

tando cosas que no debía, en lugares que no debía, sin la experiencia previa, siendo todavía casi una adolescente. Básicamente por meterme donde no me mandaban. Todo por intentar conseguir más información acerca de la investigación de mi padre e intentar esclarecer algunos puntos. Tao en aquel entonces fue mi salvador, me sacó de una situación que no manejaba y que podría haber terminado de una forma muy peligrosa y desagradable para mí. Desde aquel entonces y después de averiguar a qué se dedicaba el asiático, me uní a él para echarle de vez en cuando una mano en artículos que se escapaban de su dominio. Habíamos forjado una curiosa amistad basada en la confianza mutua. Por supuesto, todo esto a espaldas de mi tía, le daría un infarto si supiera que estaba metida en algo así.

—Buenas noches, Tao —dije dejando la mochila sobre un lateral de la mesa y sin dirigir la mirada hacia el invitado.

La caja que había sobre el escritorio era bastante grande y estaba deseando ver qué había en su interior, aunque intenté que la emoción no se notase en mi cara solo por el orgullo de no dar ese beneplácito al cliente.

—¿Qué hay, muchacha? Hoy tienes faena, y creo que te va a gustar bastante —dijo Tao. Para él era imposible enmascarar la ilusión que le hacía ese encargo. Debía ser algo impresionante de verdad.

—Es un objeto bastante espectacular y antiguo, mis hombres lo consiguieron en una vieja excavación... —comenzó a decir atropelladamente el hombre.

—Por favor, no continúe —le interrumpió Tao—. No nos interesa de dónde lo ha conseguido. Nosotros hacemos nuestro trabajo y, al terminar, nunca nos hemos visto. ¿Comprende? —dijo tajante.

—Comprendo.

A continuación, abrió la caja y sacó algo que realmente me impresionó. Toda la fachada que había creado intentando no aparentar asombro se esfumó en un instante.

Tao, con delicadeza y cara de esfuerzo para que los laterales no rozasen con la madera, comenzó a sacar el objeto de la caja y una cabeza con forma de pez que se encontraba en la parte superior de la talla asomó; a continuación aparecieron ante su vista los enrejillados de dos grandes ojos, dejándome sin habla. Toda la figura tenía un color verde desgastado por el paso de los siglos que daba a entender que estaba hecha de bronce. Según iba saliendo la forma completa, no dejaba de salir de mi asombro, al contrario, cada vez me sentía más impactada. De un cajón del escritorio saqué unos guantes y me los puse con rapidez. Cogí entre mis manos la pieza, sorprendiéndome de lo que pesaba y de las grandes dimensiones que tenía. Sentí el frío contacto del metal a través del látex de los guantes. Me maravillé ante lo que tenía en frente de mi cara. Nunca antes había entrado en contacto con algo similar.

Ante mí se encontraba un auténtico casco de un gladiador. Con ojos expertos, ya lo estaba estudiando con la mirada, observando todos los detalles y grabados que tenía. Era una pieza magnífica.

—Sabía que te gustaría —dijo Tao con un deje de orgullo en la voz.

—¿Podéis hacerlos cargo de esto? —comentó el desconocido. Se le notaba un tanto nervioso desde que Tao le había bajado los humos unos minutos atrás.

—Ya te lo he dicho, la chica es una experta.

Mientras tanto yo seguía dándole vueltas en silencio, observando cada centímetro, cada milímetro.

—Es una pieza increíble, eso desde luego —dije—. Se trata de un casco de *mirmillón* o *murmillo*.

—¿Y eso qué es? —la cara que expresaba el hombre era de desconcierto total. Nos miraba alternativamente a Tao y a mí en busca de respuestas.

—Los *murmillos* eran un tipo de gladiadores que combatían en la arena durante el periodo romano —dije mientras seguía concentrada—. Antiguamente, había varios tipos de gladiadores según el tipo de armas que portaban, de su peso o envergadura. Estaban, por ejemplo, los *reciarios*, que iban con redes de pesca para atrapar a sus adversarios en ella. Los *tracios*, armados con una espada curva. El *secutor*, con espada corta y grandes escudos, o el *provocator*, entre otros —expliqué sin apenas coger aliento—. Este en concreto pertenecía a un *murmillo*, ellos entraban dentro de la categoría de los pesos pesados, eran alucinantemente fuertes y resistentes. Llevaban como arma un *gladius*, que era una espada corta que portaban los soldados romanos. Para protegerse, un gran escudo rectangular romano, un cinturón ancho normalmente de cuero y armaduras en su brazo derecho y pierna izquierda. En cuanto al casco... esto es lo que llevaban —dije señalándolo muy teatralmente.

Era una pieza de casi cinco kilos. No me imaginaba con eso puesto más de dos minutos sobre mi cuello sin que me empezara a dar tortícolis. Sobre la cabeza de bronce había una alta cresta también de metal que acababa con la cara de un pez, la primera visión que tuve al salir de la caja de madera. Sobre los pequeños y múltiples agujeros que estaban ideados para que el gladiador pudiese ver, tenía una gran visera adornada con muchos grabados y relieves. El detalle y lo bien conservado que estaba era increíble. Podía verse una escena de lucha entre dos gladiadores en un anfiteatro romano y al fondo una imponente montaña al lado de una ciudad. Justo debajo de la escena había dos iniciales: PO.

Mientras tanto, Tao y el hombre se habían quedado en un lateral para no molestarme mientras examinaba el casco. De repente

sabía qué era lo que tenía en mis manos. No era un objeto cualquiera. Era algo único.

—Caballero, usted no tiene ni idea de qué es lo que nos ha traído aquí —mis ojos se abrieron como platos.

—Para eso estoy aquí, ¿no?

—¿Usted sabe quién era Plubius Ostorius? —dije mientras le miraba directamente.

—¿Estás hablando en serio, muchacha? —Tao descruzó los brazos que tenía delante del cuerpo, dándose cuenta por fin de lo que tenía ante él.

—Los expertos sois vosotros.

—¿Ve este relieve que hay en la visera? Uno de los que aparecen luchando es el propietario de este casco. Al fondo, ¿qué es lo que ve?

—Parece una montaña.

—Eso no es una montaña, amigo. Eso es un volcán —terminó diciendo el asiático.

—Exacto, ese volcán es el Vesubio. Este casco viene de la mismísima Pompeya. Allí se encuentra el anfiteatro romano más antiguo del mundo que sobrevive hasta nuestra fecha. El Pompeii Spectacula. Que es el que también puede verse en el relieve. Se construyó en piedra en el año 7 a. C, ya que antes fue de madera, y podía tener dentro hasta 20.000 personas. ¡Es un siglo más antiguo que el Coliseo de Roma! —la emoción que sentí era palpable—. Pero lo realmente increíble de este casco son estas iniciales —ambos hombres se inclinaron sobre el punto que estaba señalando con el dedo.

—PO. ¿Y eso qué es?

—Son las iniciales de uno de los gladiadores más famosos de todos los tiempos: Plubius Ostorius.

—Era el David Beckham de la época —apuntilló Tao.

Parece ser que por fin el cliente se empezaba a dar cuenta de la pieza que tenían entre manos. Y no era para menos, en la Antigüedad, los gladiadores eran como las estrellas del fútbol o de *rock*

de hoy en día. Todo el mundo quería verlos luchar en la arena. Y, al contrario de la creencia popular, no todos los combates eran a muerte, más bien todo lo contrario. Los luchadores eran inversiones demasiado grandes, no podían permitir que en el primer combate, si perdían, muriesen y de esta forma desperdiciasen todo el dinero que les habían costado. Normalmente eran perdonados para poder volver a luchar un día más. Otro combate más. Más dinero. Pan y circo.

—Plubios llegó a ganar un total de 51 combates. Algo increíble para un gladiador. Lo más curioso de todo esto es que esté en tan buenas condiciones. Lo más seguro es que estuviera en algún tipo de gira de combates y se librara de la explosión del volcán.

—Amigo mío, ¡le ha tocado la lotería con esto! —dijo Tao mientras apretaba el brazo del hombre con emoción. Total, si el cliente ganaba mucho dinero, nosotros también.